



Objetivo: Distinguir el realismo mágico y el retorno a las fuentes primitivas en la narrativa de Miguel Ángel Asturias.

NARRATIVA DE MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Hombres de maíz. **Autor:** Miguel Ángel Asturias (guatemalteco)

Y para comenzar...

1. Según tu opinión, ¿en qué condiciones han vivido los indígenas después de la conquista española?
2. ¿Sabes qué significa la palabra "boom"?
3. ¿Qué será "realismo mágico"?

Para saber del tema...



Con Miguel Ángel Asturias culmina el ciclo de la llamada *novela regionalista* y nace una nueva generación de escritores, tales como Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo, Julio Cortázar y muchos otros que constituirán el fenómeno literario-editorial conocido como el *boom*.

El rescate de las tradiciones de los mayas, el realismo mágico y la crítica a la sociedad de su país son unas de las características más resaltantes en la narrativa de Asturias.

Asturias fue el primer autor que usó extensivamente el realismo mágico, una técnica literaria que sería utilizada por casi todos los autores del siglo XX.

Entre las obras de Miguel Ángel Asturias destacan:

- *Leyendas de Guatemala*, obra publicada en 1930, describe líricamente la naturaleza de Guatemala y recrea un mundo mágico-mítico utilizando los textos de la tradición maya-quiché.
- *El señor Presidente*, novela que escribió, fue escrita entre 1925 y 1932 y publicada en México en 1946. Para muchos es su obra maestra, en ella describe y denuncia las miserias y los horrores de una dictadura cuyo escenario puede ser cualquier ciudad latinoamericana.
- *Hombres de maíz*, publicada en Buenos Aires en 1949. En esta obra se establece la realidad social a partir de un mito: "Los hombres han nacido del maíz y éste debe sembrarse para que se pueda comer; pero, algunos lo siembran para enriquecerse".



HOMBRES DE MAÍZ

Hombres de maíz irrumpe como la «nueva novela» hispanoamericana, en donde lo mágico del mito y la naturaleza prevalece y la realidad de los sentidos y de la imaginación se entrecruzan. Es como un viaje a los orígenes, al mito precolombino, a lo primigenio del ser latinoamericano.

Esta innovadora y compleja obra publicada en 1949 presenta el conflicto entre lo sagrado y lo profano, entre el indio (la víctima) y el blanco (el explotador). Constituye una denuncia de los devastadores efectos que el capitalismo y las grandes empresas internacionales tuvieron en las costumbres, creencias ancestrales, despersonalización e inseguridad de los campesinos guatemaltecos.

Hombres de maíz está estructurado en seis capítulos (Gaspar Ilóm, Machojón, Venado de las Siete-Rozas, Coronel Chalo Godoy, María Tecún y Correo-Coyote) que se conectan apenas con un tenue hilo, el de denunciar la lucha entre «maiceros» e indígenas. Los «maiceros», en efecto, destruyen las selvas para extender las áreas propicias al cultivo del maíz, únicamente con fines de lucro; se oponen los indígenas, para los cuales —según el *Popol Vuh*— es sagrado, y que fue materia prima de la formación de los primeros hombres.

Para los indígenas, el maíz ocupa el centro de sus creencias, pues es símbolo de su raza, además de identificarlos como grupo o unidad étnica. Pero los maiceros no le dan ese valor mítico al maíz, pues sólo lo considera como un objeto con valor puramente comercial.

REALISMO MÁGICO

El realismo mágico es un movimiento literario que presenta una realidad en la cual lo fantástico es algo cotidiano y es, ante todo, una actitud ante la realidad, distinta de la tradicional. El escritor se enfrenta a ella y trata de desentrañarla, de descubrir lo que hay de misterioso en las cosas de la vida, en las acciones humanas. Tuvo su auge en la literatura hispanoamericana en la segunda mitad del siglo XX.

El realismo mágico se distingue por lo siguiente:

- Mezcla los planos de realidad con un mundo irreal, fantástico.
- Quebranta las fronteras entre lo real y lo irreal, ubicando cada uno de éstos en el lugar del otro.
- Lo real es presentado como lo mágico e insólito, mientras que lo mágico es tomado como algo normal, cotidiano.
- Combina aspectos socioculturales, con mitologías, creencias religiosas, magia y tradiciones populares, creando una familiaridad colectiva.
- El realismo mágico refleja una serie de supersticiones, creencias populares y religiosas que son propias del sentir latinoamericano.
- Los “viajes” que tienen los personajes se caracterizan por el desplazamiento o cambios de espacio y tiempo desde sus pensamientos y estados oníricos.
- El tiempo suele distorsionarse y se percibe como cíclico y no lineal.
- Transformación de lo cotidiano en experiencias que pueden ser sobrenaturales.
- Los personajes pueden revivir y los escenarios son en su mayoría latinoamericanos.
- Multiplicidad de narradores que pueden estar en primera, segunda y tercera persona.
- Variación del tiempo: puede ser cronológico (con un curso lógico), estático (el tiempo se detiene como si no fuera importante), invertido (se considera la noche, día), y también puede haber una ruptura de los planos temporales (se mezcla el presente con el pasado y el futuro).

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

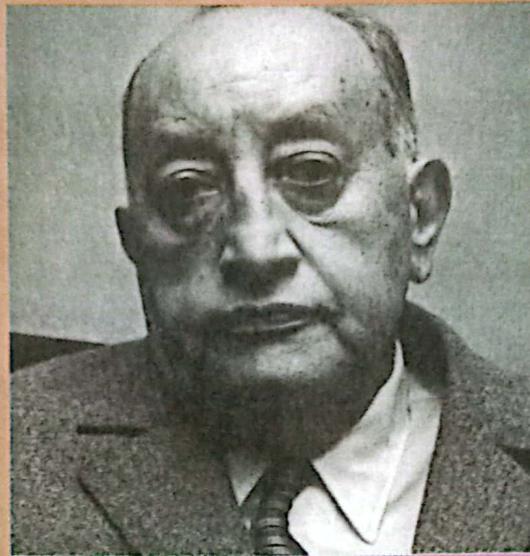
Este eminente escritor y diplomático guatemalteco nace el 19 de octubre de 1899. Estudia en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos, donde obtuvo el título de abogado y notario en 1923.

Reside en Londres, donde descubre las obras mayas del British Museum, luego se traslada a París, ciudad donde funda la **Liga del Estudiante Latinoamericano** y estudia con el profesor Georges Raynaud el **Popol-Vuh**, libro sagrado de los antiguos mayas que traduce del francés en colaboración con el mexicano González de Mendoza.

En 1930 viaja a Madrid y publica allí **Leyendas de Guatemala**. En 1933 regresa a Guatemala.

Por su posición política, Asturias sale al exilio en 1945, cuando el dictador Jorge Ubico toma el poder, y con la caída del gobierno democrático de Jacobo Arbenz. En 1946 publica **El señor presidente**, novela ésta que le dará fama internacional. Desempeñó cargos diplomáticos en México, Argentina, El Salvador y Francia. En 1966 recibió el premio Lenin de la paz y en 1967 el Nobel de literatura.

La muerte le sobrevino, tras una penosa enfermedad, el 9 de junio de 1974, cuando se encontraba en Madrid (España). Sus restos fueron trasladados al cementerio Père Lachaise en París.



La vida y obra de Miguel Ángel Asturias se desenvuelve en un mundo de luchas político-sociales con la evocación del pasado indígena, en un plano de realidad y con una visión mítica y legendaria. Conoció muy de cerca la miseria del indio y tuvo contacto con los hombres de pueblo y oyó de ellos las costumbres y tradiciones del pasado de su país, lo cual influiría más tarde en su obra.

La obra que nos legó Miguel Asturias es muy prolífica y abarca, prácticamente, todos los géneros literarios:

Novela: *El señor presidente* (1946), *Hombres de maíz* (1949), *Vientofuerte* (1950), *El papa verde* (1954), *Los ojos de los enterrados* (1960), *El alhajadito* (1961), *Mulata de tal* (1963), *Viernes de dolores* (1972).

Poesía: *Sien de alondra* (1948), *Ejercicios poéticos en forma de soneto sobre temas de Horacio* (1952), *Clarivigilia primaveral* (1965).

Relatos: *Leyendas de Guatemala* (1930), *Week-end en Guatemala* (1956), *El espejo de Lida Sal* (1967).

Teatro: *Soluna* (1957), *La audiencia de los confines* (1957), *Chantaje* (1964), *Dique seco* (1964), *El rey de la altanerfa* (1964).

Ensayo: *Latinoamérica y otros ensayos* (1968), *América, fábula de fábulas y otros ensayos* (1972).

Síntesis argumental de *Hombres de maíz*

CAPÍTULO 1: GASPAR ILÓM

La tierra le reclama al cacique Gaspar por permitir que la destruyan. Esto lo obliga a actuar y una guerra sin cuartel se inicia entre "los maiceros" que están talando las selvas para sembrar cada vez más maíz con fines mercantilistas y los indios comandados por el cacique Gaspar Ilóm. La muerte del Gaspar la obtienen sus adversarios sólo acudiendo a la traición: lo envenena la Vaca Manuela Machojón. Al percatarse de haber sido envenenado y sentir sus efectos, se lanza al río para apagar "la sed del veneno en las entrañas". Revive y regresa de nuevo a la tierra. Pero Gaspar observa que la policía rural, enviada por el gobierno, había aniquilado a los indios y, entonces, al verse perdido, se arroja de nuevo al río, esta vez no para recuperar la vida, sino para encontrar la muerte. En la imaginación de los indios Gaspar se transforma entonces inmediatamente en un ser casi divino.

CAPÍTULO 2: GASPAR MACHOJÓN

En este capítulo se narra cómo fue castigado Tomas Machojón por los "brujos de las luciérnagas". Es la condena a la esterilidad de los descendientes de quienes fueron los responsables materiales del envenenamiento del Gaspar. Es así como el único hijo de Machojón fue calcinado por el fuego de las

luciérnagas cuando se dirigía al poblado para pedirle la mano a Candelaria Reinoso, dejándolo así a Tomás Machojón sin descendencia. Desde ese entonces se corrió la voz de que su hijo muerto salía en su caballo cada vez que había una quema en el bosque. Cuando esto llega a oídos de Tomás Machojón, éste cede sus tierras para que sean quemadas y así lograr ver a su hijo muerto. En vista de que nunca pudo ver a su hijo, decidió preguntar si alguien lo había visto realmente y la respuesta que obtuvo fue que eso era una leyenda.

CAPÍTULO 3: EL VENADO DE LAS SIETE-ROZAS

Este capítulo trata sobre la venganza de los hermanos Tecún contra la familia Zacatón por haber embrujado a la nana Yaca. La muerte de toda la familia Zacatón, sin distinguir entre hombres y mujeres, grandes y chicos, por mano de los hermanos Tecún es el "remedio" aconsejado por el «curandero-venado» para curar del hipo que atormenta a la «nana» de los Tecún. El farmacéutico que proporcionó el veneno a los asesinos del Gaspar era un Zacatón. Finalmente los Tecún asesinan cruelmente a la familia Zacatón. Luego se narra sobre la muerte del Venado de las Siete-Rozas, que era el "otro yo" del curandero; por ello cuando matan al venado, muere también el curandero.

CAPÍTULO 4: EL CORONEL CHALO GODOY

A través del personaje Benito Ramos, quien había hecho pacto con el diablo, se narra la historia de la caminata del coronel Chalo Godoy en la región de El Temblador y la muerte de éste, así como de algunos de sus hombres, por medio del fuego, en un incendio provocado por los indios en la selva.

CAPÍTULO 5: MARÍA TECÚN

Relata la historia Goyo Yic, un hombre ciego que había sido abandonado por su mujer, María Tecún (ella es en realidad una Zacatón, que el ciego salvó cuando era niña de la matanza de los hermanos Tecún y más tarde se casó con ella). Él recupera la vista al ser operado por Culebro, un curandero. Goyo Yic decide buscar a su mujer, pero se da cuenta que la vista no le sirve para nada porque la había conocido con los ojos cerrados y por ello no tenía idea de cómo era físicamente. Con el propósito de encontrar a su amada, Goyo Yic comienza a vender perfumes, entre otras cosas, en lugares donde frecuentaba mucha gente, pero no logró hallarla. El recuerdo de María Tecún se fue borrando paulatinamente. Tiempo después comienza a vender aguardiente, pero de contrabando, junto con su compadre Domingo Revolorio. Ambos terminan en la cárcel por contrabandistas.

CAPÍTULO 6: CORREO-COYOTE

Este capítulo narra la historia de Nicho Aquino, quien era correo desde San Miguel de Acatan hasta la capital. Su trabajo siempre fue eficiente, hasta el día en que pierde a su mujer.

Nicho Aquino se olvida del correo para emprender la búsqueda de su mujer por la selva, montañas y ríos. Prisionero de su preocupación, pierde el camino y atraído por el «brujo de las luciérnagas» entra, transformado en coyote, su nahual, en el mundo sobrenatural, donde encuentra la explicación a todos los acontecimientos que el libro ha narrado. Recuperada, después, su figura normal, acabará siendo el amante de una mesonera y luego su heredero, en la costa, cerca de una prisión donde encuentra también al ciego Goyo Yic y a su esposa, María Tecún.

En vista de que no saben el paradero de Nicho Aquino, envían al arriero Hilario Sacayón para que lo localice, pero sólo encontró parte de la correspondencia y algunos objetos de valor, pero no a Nicho Aquino, sin embargo, dijo que había visto a un hombre que podría ser Nicho, pero que parecía más bien un coyote.



Curiosidades

¿Qué es un nahual?

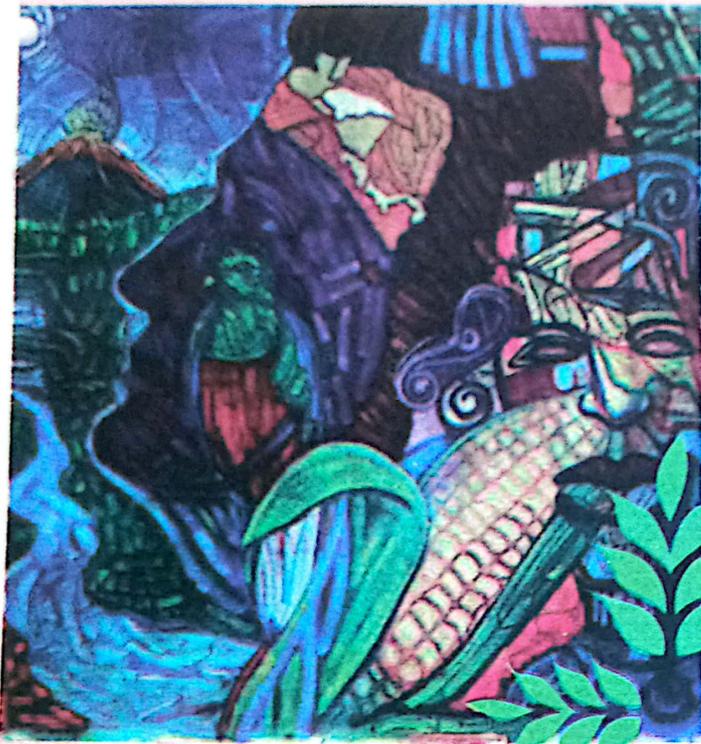
Algunas tradiciones, como la de los mayas, dicen que cada persona al momento de nacer tiene el espíritu de un animal (nahual) que se encarga de protegerlo y guiarlo; éstos se manifiestan en los sueños para poder aconsejar a su protegido y toma la forma del animal encargado.



Leer para aprender

1. Lee el siguiente fragmento del capítulo I de *Hombres de maíz* de Miguel Ángel Asturias.

Capítulo I Gaspar Ilóm



*Aquí la mujer,
yo el dormido*

—El Gaspar Ilóm deja que a la tierra de Ilóm le roben el sueño de los ojos.

—El Gaspar Ilóm deja que a la tierra de Ilóm le boten los párpados con hacha...

—El Gaspar Ilóm deja que a la tierra de Ilóm le chamusquen la ramazón de las pestañas con las quemas que ponen la luna color de hormiga vieja...

El Gaspar Ilóm movía la cabeza de un lado a otro. Negar, moler la acusación del suelo en que estaba dormido con su **petate**, su sombra y su mujer y enterrado con sus muertos y su ombligo, sin poder deshacerse de una culebra de seiscientas mil vueltas de lodo, luna, bosques, aguaceros, montañas, pájaros y retumbos que sentía alrededor del cuerpo.

—La tierra cae soñando de las estrellas, pero despierta en las que fueron montañas, hoy cerros pelados de Ilóm, donde el guarda canta con lloro de barranco, vuela de cabeza el gavilán, anda el **zompopo**, gime la **espumuy** y duerme con su **petate**, su sombra y su mujer el que debía trozar los párpados a los que chamuscan el monte y enfriar el cuerpo a los que atajan el agua de los ríos que corriendo duerme y no ve nada pero atajada en las pozas abre los ojos y lo ve todo con mirada honda...

El Gaspar se estiró, se encogió, volvió a mover la cabeza de un lado a otro para moler la acusación del suelo, atado de sueño y muerte por la culebra de seiscientas mil vueltas de lodo, luna, bosques, aguaceros, montañas, lagos, pájaros y retumbos que le **martajaba** los huesos hasta convertirlo en una masa de frijol negro; goteaba noche de profundidades.



Y oyó, con los hoyos de sus orejas:

—Conejos amarillos en el cielo, conejos amarillos en el monte, conejos amarillos en el agua guerrearán con el Gaspar. Empezará la guerra el Gaspar llóm arrastrado por su sangre, por su río, por su habla de ñudos ciegos...

La palabra del suelo hecha llama solar estuvo a punto de quemarle las orejas de tuza a los conejos amarillos en el cielo, a los conejos amarillos en el monte, a los conejos amarillos en el agua; pero el Gaspar se fue volviendo tierra que cae de donde cae la tierra, es decir, sueño que no encuentra sombra para soñar en el suelo de llóm y nada pudo la llama solar de la voz burlada por los conejos amarillos que se pegaron a mamar en un papayal, convertidos en papayas del monte, que se pegaron al cielo convertidos en estrellas y se dispararon en el agua como reflejos con orejas.

Tierra desnuda, tierra despierta, tierra maicera con sueño, el Gaspar que caía de donde cae la tierra, tierra maicera bañada por ríos de agua hedionda de tanto estar despierta, de agua verde en el desvelo de las selvas sacrificadas por el maíz hecho hombre sembrador de maíz. De entrada se llevaron los maiceros por delante con sus quemas y sus hachas en selvas abuelas de la sombra, doscientas mil jóvenes ceibas de mil años.

El aire de llóm olía a tronco de árbol recién cortado con hacha, a ceniza de árbol recién quemado por la roza.

Un remolino de lodo, luna, bosques, aguaceros, montañas, lagos, pájaros y retumbos dio vueltas y vueltas y vueltas y vueltas en torno al cacique de llóm y y mientras la tierra que levantaba el viento le pegaba en las carnes y la cara se lo tragó una media luna sin dientes, sin morderlo, sorbido del aire, como un pez pequeño.

La tierra de llóm olía a tronco de árbol recién cortado con hacha, a ceniza de árbol recién quemado por la roza.

Conejos amarillos en el cielo, conejos amarillos en el agua, conejos amarillos en el monte.

No abrió ojos. Los tenía abiertos, amontonados entre las pestañas. Lo golpeaba la tumbazón de los latidos. No se atrevía a moverse, a tragar saliva, a palpase el cuerpo desnudo temeroso de encontrarse el pellejo frío y en el pellejo frío los profundos barrancos que le había babeado la serpiente.

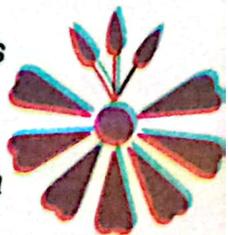
La claridad de la noche goteaba copal entre las cañas del rancho. Su mujer apenas hacía bulto en el petate. Respiraba boca abajo, como si soplara el fuego dormida.

El Gaspar se arrancó babeado de barrancos en busca de su tecomate, a gatas, sin más ruido que el de las coyunturas de sus huesos que le dolían como si hubiera efecto de luna, y en la oscuridad, rayada igual que un poncho por la luz luciérnaga de la noche que se colaba al través de las cañas del rancho, se le vio la cara de ídolo sediento, pegarse al tecomate como a un pezón y beber aguardiente a tragos grandes con voracidad de criatura que ha estado mucho tiempo sin mamar.

Una llamarada de tuza le agarró la cara al acabarse el tecomate de aguardiente. El sol que pega en los cañales lo quemó por dentro: le quemó la cabeza en la que ya no sentía el pelo como pelo sino como ceniza de pellejo y le quemó en la cueva de la boca el murciélago de la campanilla, para que durante el sueño no dejara escapar las palabras del sueño, la lengua que ya no sentía como lengua sino como mecate, y le quemó los dientes que ya no sentía como dientes, sino como machetes filudos.

En el suelo pegajoso de frío topó sus manos medio enterradas, sus dedos adheridos a lo hondo, a lo duro, a lo sin resonancia y sus uñas con peso de postas de escopeta.

Y siguió escarbando a su pequeño alrededor, como animal que se alimenta de cadáveres, en busca de su cuerpo que sentía desprendido de su cabeza. Sentía la cabeza llena de aguardiente colgando como tecomate de un horcón del rancho.



Pero la cara no se la quemó el aguardiente. El pelo no se lo quemó el aguardiente. No lo enterró el aguardiente sino por agua de la guerra. Bebió para sentirse quemado, enterrado, decapitado, que es como se debe ir a la guerra para no tener miedo: sin cabeza, sin cuerpo, sin pellejo.



Así pensaba el Gaspar. Así lo hablaba con la cabeza separada del cuerpo, picuda, caliente, envuelta en estropajo canoso de luna. Envejeció el Gaspar, mientras hablaba. Su cabeza había caído al suelo como un tiesto sembrado de piecitos de pensamientos. Lo que hablaba el Gaspar ya viejo, era monte. Lo que pensaba era monte recordado, no era pelo nuevo. De las orejas le salía el pensamiento a oír el ganado que le pasaba encima. Una partida de nubes sobre pezuñas. Cientos de pezuñas. Miles de pezuñas. El botín de los conejos amarillos.

La Piojosa Grande manoteó bajo el cuerpo del Gaspar, bajo la humedad caliente de maíz chonete del Gaspar. Se la llevaba en los pulsos cada vez más lejos. Habían pasado de sus pulsos más allá de ella, donde él empezaba a dejar de ser solo él y ella sola ella y se volvían especie, tribu, chorrera de sentidos. La apretó de repente. Manoteó la Piojosa. Gritos y peñascos. Su sueño regado en el petate como su mata de pelo con los dientes del Gaspar como peinetas. Nada vieron sus pupilas de sangre enlutada. Se encogió como gallina ciega. Un puño de semillas de girasol en las entrañas. Olor a hombre. Olor a respiración... Y al día siguiente:



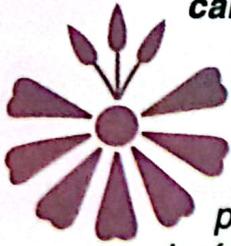
—Ve, Piojosa, diacún rato va a empezar la bulla. Hay que limpiar la tierra de llóm de los que botan los árboles con hacha, de los que chamuscan el monte con las quemas, de los que atajan el agua del río que corriente duerme y en las pozas abre los ojos y se pugre de sueño... los maiceros... esos que han acabado con la sombra, porque la tierra que cae de las estrellas incuenta onde seguir soñando su sueño en el suelo de llóm, o a mí me duermen para siempre. Arrejunta unos trapos viejos para amarrar a los trozados, que no falte totoposte, tasajo, sal, chile, lo que se lleva a la guerra.

Gaspar se rascó el hormiguero de las barbas con los dedos que le quedaban en la mano derecha, descolgó la escopeta, bajó al río y desde un matocho hizo fuego sobre el primer maicero que pasó. Un tal Iñigo. El día siguiente, en otro lugar, venadeó al segundo maicero. Uno llamándose Domingo. Y un día con otro el Iñigo, el Domingo, el Cleto, el Bautista, el Chalío, hasta limpiar el monte de maiceros.

El mata-palo es malo, pero el maicero es peor. El mata-palo seca un árbol en años. El maicero con sólo pegarle fuego a la roza acaba con el palerío en pocas horas. Y qué palerío. Maderas preciosas por lo preciosas. Palos medicinales en montón. Como la guerrilla con los hombres en la guerra, así acaba el maicero con los palos. Humo, brasa, cenizas. Y si fuera por comer. Por negocio. Y si fuera por cuenta propia, pero a medias en la ganancia con el patrón y a veces ni siquiera a medias. El maíz empobrece la tierra y no enriquece a ninguno. Ni al patrón ni al mediero. Sembrado para comer es sagrado sustento del hombre que fue hecho de maíz. Sembrado por negocio es hambre del hombre que fue hecho de maíz (...).

Cielos de natas y ríos mantequillosos, verdes, displayados, se confundieron con el primer aguacero de un invierno que fue puro baldío aguaje sobre las rapadas tierras prietas, hora un año milpeando, todas milpeando. Daba lástima ver caer el **chayerío** del cielo en la sed caliente de los terrenos abandonados. Ni una siembra, ni un surco, ni un maicero. Indios con ojos de agua llovida espiaban las casas de los **ladinos** desde la montaña. Cuarenta casas formaban el pueblo. En los aguasoles de la mañana sólo uno que otro habitante se aventuraba por la calle empedrada por miedo de que los mataran. El Gaspar y sus hombres divisaban los bultos y si el viento era favorable, alcanzaban a oír la bulla de los **sanates** peleoneros en la ceiba de la plaza.





El Gaspar es invencible, decían los ancianos del pueblo. Los conejos de las orejas de tuza lo protegen al Gaspar, y para los conejos amarillos de las orejas de tuza no hay secreto, ni peligro, ni distancia. Cáscara de mamey es el pellejo del Gaspar y oro su sangre "grande es su fuerza", "grande es su danza" —y sus dientes, piedra pómez si se ríe y piedra de rayo si muerde o los rechina, son su corazón en la boca, como sus **carcañales** son su corazón en sus pies. La huella de sus dientes en las frutas y la huella de sus pies en los caminos sólo la conocen los conejos amarillos. Palabra por palabra, esto decían los ancianos del pueblo. Se oye que andan cuando anda el Gaspar. Se oye que hablan cuando habla el Gaspar. El Gaspar anda por todos los que anduvieron, todos los que andan y todos los que andarán. El Gaspar habla por todos los que hablaron, todos los que hablan y todos los que hablarán. Esto decían los ancianos del pueblo a los maiceros. La tempestad aporreaba sus tambores en la mansión de las palomas azules y bajo la sábana de las nubes en las sabanas.

Pero un día después de un día, el habla **ñudosa** de los ancianos anunció que de nuevo se acercaba la **montada**. El campo sembrado de flores amarillas advertía sus peligros al protegido de los conejos amarillos.

¿A qué hora entró la **montada** en el pueblo? A los ladinos amenazados de muerte por los indios les parecía un sueño. No se hablaban, no se movían, no se veían en la sombra dura como las paredes. Los caballos pasaban ante sus ojos como gusanos negros, los jinetes se adivinaban con caras de alfajor quemado. Había dejado de llover, pero asonsaba el olor de la tierra quemada y el pestazo del zorrillo.

El Gaspar mudó de escondite. En el azul profundo de la noche de llóm se paseaban conejillos rutilantes de estrella en estrella, señal de peligro, y olía la tierra a pericón amarillo. Mudó de escondite el Gaspar llóm con la escopeta bien cargada de semillita de oscurana —eso es la pólvora—, semillita de oscurana mortal, el machete desnudo al cinto, el tocomate con aguardiente, un paño con tabaco, chile, sal y **totoposte**, dos hojitas de laurel pegadas con saliva a los sentidos sustosos, un vidrio con aceite de almendras y una cajita con pomada de león. Grande era su fuerza, grande era su danza. Su fuerza eran las flores. Su danza eran las nubes.

El corredor del cabildo quedaba en alto. Abajo se veía la plaza panzona de agua llovida. Cabeceaban en la humedad humosa de sus alientos las bestias ensilladas, con los frenos amarrados en las arciones y la cincha floja. Desde que llegó la **montada** olía el aire a caballo mojado.

El jefe de la **montada** iba y venía por el corredor. Una **tagarnina** encendida en la boca, la guerrera desabrochada, alrededor del pescuezo un pañuelo de burato blanco, pantalón de fatiga caído en las polainas y zapatos de campo.

En el pueblo ya sólo se veía el monte. La gente que no huyó fue **diezmada** por los indios que bajaban de las montañas de llóm, al mando de un cacique pulsado y traicionero, y la que se aguantó en el pueblo vivía **surdida** en sus casas y cuando cruzaba la calle, lo hacía con carrerita de lagartija.

La noticia del bando los sacó a todos de sus casas. De esquina en esquina oían el bando. Gonzalo Godoy, Coronel del Ejército y Jefe de la Expedicionaria en Campaña, hace saber que, rehechas sus fuerzas y recibidas órdenes y efectivos, anoche hizo su entrada a Pisigüilito, con ciento cincuenta hombres de a caballo buenos para el chispero y cien de a pie flor para el machete, todos dispuestos a echar plomo y filo contra los indios de la montaña...".

Sombra de nubes oscuras. Remoto sol. La montaña aceitunada. El cielo, la atmósfera, las casas, todo color de tuna. El que leía el bando, el grupo de vecinos que escuchaba de esquina en esquina" —casi siempre el mismo grupo—, los soldados que lo escoltaban con tambor y corneta, no parecían de carne, sino de miltomate, cosas vegetales, comestibles...



Los principales del pueblo estuvieron después del bando a visitar al coronel Godoy. Pasadito el bando llegaron en comisión. Don Chalo, sin quitarse la tranca de la boca, sentado en una hamaca que colgaba de las vigas del corredor del Cabildo, fijó sus redondos ojos **zarcos** en todas las cosas, menos en la comisión, hasta que uno de ellos, tras tantearse mucho dio un paso al frente y empezó como a querer hablar.



El coronel le echó la mirada encima. Venían a ofrecerle una serenata con marimba y guitarras para celebrar su llegada a Pisigüilito.

—Y ya que lo **brusqueamos**, mi coronel —dijo el que hablaba—, **juiceye** el programa “Mucha mostaza”, primera pieza de la primera parte; “Cerveza negra”, segunda pieza de la primera parte; “Murió criatura”, tercera pieza.

—¿Y la segunda parte? —cortó el coronel Godoy en seco.

—Asegunda parte nu hay —intervino el más viejo de los que ofrecían la serenata, dando un paso al frente. Aquí en propio Pisigüilito sólo son esas piezas las que se tocan dende tiempo y toditas son mías. La última que compuse fue “Murió criatura”, cuando el cielo recogió tiernita a la hija de la niña Crisanta y no tiene otro mérito.



—Pues, amigo, ya debía usted ir solteando para componer una pieza que se llame “Nací de nuevo”, porque si nosotros no llegamos anoche, los indios de la montaña bajan al pueblo hoy en la madrugada y no amanece un baboso de ustedes ni para remedio. Los rodajea a todos.

El compositor con la cara de cáscara de palo viejo, el pelo en la frente pitudo como de punta de mango chupado y las pupilas apenas visibles entre las rendijas de los párpados, se quedó mirando al coronel Godoy, silencio de enredadera por el que todos sintieron deslizarse las indiadas que al mando del Gaspar llóm no le habían perdido el gusto a lo que no tenían y le llevaban ganas al ganado, al aguardiente, a los **chuchos** y al pachulí de la botica para esconder el sudor.



El guerrero indio huele al animal que lo protege y el olor que se aplica: pachulí, agua aromática, unto maravilloso, zumo de fruta, le sirve para borrarse esa presencia mágica y despistar el olfato de los que le buscan para hacerle daño.

.....
El Gaspar, flor amarilla, en el vaivén del tiempo, y las indiadas, carcañales que eran corazones en las piedras, seguían pasando por el silencio de enredadera que se tramó entre el coronel y el músico de Pisigüilito.

—Pero, eso sí —avivó la voz del coronel Godoy—, los matan a todos, los rodajea y no se pierde nada. ¡Un pueblo en que no hay cómo herrar una bestia me lleva la gran puta!

Los hombres del coronel Godoy acurrucados entre las caballerías se pararon casi al mismo tiempo, espantándose ese como sueño despierto en que caían a fuerza de estar en cuclillas. Un chucho tinto de jote corría por la plaza como buscaniguas, de fuera la lengua, de fuera los ojos, acecidos y babas.

Los hombres volvieron a caer en su desgano. Sentándose sobre sus talones para seguir horas y horas inmóviles en su sueño despierto. Chucho que busca el agua no tiene rabia y el pobre animal se revolcaba en los charcos de donde saltaba, negro de lodo, a restregarse en la parte baja de las paredes de las casas que daban a la plaza, en el tronco de la ceiba, en el palo desgastado del poste.

—¡Y ese chucho...? —preguntó el coronel desde la hamaca atarraya de pita que en todos los pueblos lo pescaba a la hora de la siesta.

—Ta accidentado —contestó el asistente, sin perderle movimiento al perro, pie sobre pie, atrancado a uno de los pilares del corredor del Cabildo, cerca de la hamaca donde estaba echado el coronel, y después de buen rato, sin moverse de aquella postura, dijo: —Pa mí que comió sapillo y se atarantó.





—Anda averiguar, casual vaya a ser rabia...

—¿Y ónde se podrá averiguar?

—En la botica, jodido, si aquí no hay otra parte.

El asistente se metió los caltes y corrió a la botica. Como decir el Cabildo de este lado, en frente quedaba la botica.

El chucho seguía desatado. Sus ladridos astillaban el silencio cabeceador de los caballos mechudos (...). De repente se quedó sin pasos. Rascó la tierra como si hubiera enterrado andares y los buscara ahora que tenía que andar (...). Baba, espuma y una masa blanquizca escupida del galillo al suelo, sin tocarle los dientes ni la lengua.

Se limpió el hocico con ladridos y echó a correr (...). Consiguió pararse. Los ojos pepitosos, la lengua colgante, el latiguillo de la cola entre las piernas atenazadas, quebradizas, friolentas. Pero al querer dar el primer paso trastabilló como maneado y el tatarateo de la agonía, en rápida media vuelta, lo echó al suelo con las patas para arriba, fuerceando con todas sus fuerza por no irse de la vida.

.....
—El chucho sacudía los dientes con tastaseo de matraca, pegado a la jaula de sus costillas, a su jiote, a sus tripas, a su sexo, a su sieso. Parece mentira, pero es a lo más ruin del cuerpo a lo que se agarra la existencia con más fuerza en la desesperada de la muerte, cuando todo se va apagando en ese dolor sin dolor que, como la oscuridad es la muerte. Así pensaba otro de los hombres acurrucados entre las caballerías. Y no se aguantó y dijo:

—Entuavía se medio mueve (...). ¿Bueno Dios no hizo perecederos sin más cuento..., pa quénos hubiera hecho eternos? De sólo pensarlo me basquea el sentido.

.....
El asistente volvió al corredor del Cabildo. El coronel Godoy seguía trepado en la hamaca, bigotudo y con los ojos abiertos, puro pescado en atarraya.

—Que es que le dio bocado, dice el boticario, mi coronel, porque es que estaba pinto de jiote

—¿Y no le preguntaste qué le dio el fregado?

—Bocado, dice...

—Con vigrio molido y veneno.

—Pero ¿qué veneno le echó?

—Disimule que ya le voy a preguntar.

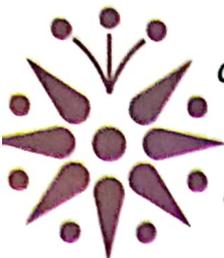
—¡Mejor vas vos, Chalo malo! —se dijo el coronel Godoy, de la hamaca, los ojos zarcos como de vidrio molido y el veneno para el cacique de llóm, en el pensamiento.

—Y vos —ordenó Godoy al asistente— andáme a buscar a los que vinieron a ofrecer una serenata y les decís que digo yo que la traigan esta noche.

Gran amarilla se puso la tarde. El cerro de los sordos cortaba los nubarrones que pronto quemaría la tempestad como si fueran polvo de olote. Llanto de espigas en los cactus. Pericas gemidoras en los barrancos. ¡Ay, si caen en la trampa los conejos amarillos! ¡Ay, si la flor del chilindrón, color de estrella en el día, no borra con su perfume el olor del Gaspar, la huella de sus dientes en las frutas y la huella de sus pies en los caminos sólo la conocen los conejos amarillos. Palabra por palabra, esto decían los conejos amarillos!

El perro pataleaba en el retozo de la agonía, sin levantar la cabeza, meándose por poquitos, hinchada la barriga, erizo el espinazo, el sexo como en brama, la nariz con espuma de jaboncillo. De lejos se oía que venían parejeando los aguaceros. El animal cerró los ojos y se pegó a la tierra.





De una sola patada tumbó al coronel Jefe de la Expedicionaria los tres pies de caña que sostenían un tiesto de tinaja, donde acababan de encender ocote, frente al Cabildo, para anunciar la serenata. El que lo había prendido alcanzó parte del golpe y el asistente que salía al corredor con un quinqué encendido, un fuetazo en la espalda. Esto hizo pensar a los principales. voces corridas de "apaguen el fuego", "échenle tierra". Y como raíces, granjeada nuevamente la voluntad del coronel, movieron los brazos para saludarlo. Se dieron a conocer. El que más cerca

estaba del coronel era el señor Tomás Machojón. Entre el coronel, la autoridad militar, y su mujer, la autoridad máxima, la Vaca Manuela Machojón.

Machojón y el coronel se alejaron hablando en voz baja. El señor Tomás había sido de las indiadas del Gaspar Ilóm. Era indio, pero su mujer, la Vaca Manuela Machojón, lo había untado de ladino. La mujer ladina tiene una baba de iguana que atonta a los hombres. Sólo colgándolas de los pies echarían por la boca esa viscosa labiosidad de alabanciosas y sometidas que las hace siempre salirse con lo que quieren. Así se ganó la Vaca Manuela al señor Tomás para los maiceros.

Llovía. Las montañas bajo la lluvia de la noche sueltan olor a brasas apagadas. Sobre el techo del Cabildo tronaba el aguacero, como el lamento de todos los maiceros muertos por los indios, cadáveres de tinieblas que dejaban caer del cielo fanegas de maíz en lluvia torrencial que no ahogaba el sonido de la marimba.

El coronel alzó la voz para llamar al músico.

—Vea, maistro, a esa piecita que le puso "Cerveza negra", cámbiele nombre, póngale "Santo remedio". Y la vamos a bailar con doña Manuelita.

—Pues si lo ordena, el cambio es de acuerdo, y bailen, vamos a tocar "Santo remedio".

Ña Vaca Manuela y el coronel Godoy se sangoloteaban en la oscuridad, al compás de la marimba, como esos fantasmas que salen de los ríos cuando llueve de noche. En la mano de su compañera dejó el Jefe de la Expedicionaria en campaña, un frasquito santo remedio, dijo, para el jiote de indio.

Al Sol le salió el pelo. El verano fue recibido en los dominios del cacique de Ilóm con miel de panal untada en las ramas de los árboles frutales para que las frutas fueran dulces; **tocoyales** de siemprevivas en las cabezas de las mujeres, para que las mujeres fueran fecundas; y mapaches muertos colgados en las puertas de los ranchos, para que los hombres fueran viriles.

Los brujos de las luciérnagas, descendientes de los grandes entrechocadores de **pedernales**, hicieron siembra de luces con chispas en el aire negro de la noche para que no faltaran estrellas guiadoras en el invierno. Los brujos de las luciérnagas con chispas de piedra de rayo. Los brujos de las luciérnagas, los que moraban en tiendas de piel de venada virgen.

Luego se encendieron fogarones con quien conversar del calor que agostarían las tierras si venía pegando con la fuerza amarilla, de las garrapatas devoraban los ganados, de las manchas del chapulín, de las quebradas secas, donde el barro se arruga año con año y pone cara de viejo.



Alrededor de los fogarones, la noche se veía como un vuelo tupido de pajarillos de pecho negro y alas azules (...). Sin hablar, pensaban: la guerra en el verano es siempre más dura para los de la montaña que para los de la montada, pero en el otro invierno vendrá el desquite, y alimentaban la hoguera con espineros de grandes shutes, porque en el fuego de los guerreros, que es el fuego de la guerra, lloran hasta las espinas.

Cerca de los fogarones otros hombres escarbaban las uñas de los pies con sus machetes, la punta del machete en la uña endurecida como roca por el barro de las jornadas, y las mujeres se contaban los lunares. *riñ y riñ*, o contaban las estrellas.





La que más lunares tenía era la nana de Martín Ilóm, el recién parido hijo del cacique Gaspar Ilón. La que más lunares y piojos tenía. La Piojosa Grande, la nana de Martín Ilóm.

En su regazo de tortera caliente, en sus trapos finos de tan viejos, dormía su hijo como una cosa de barro nuevecita y bajo el coxpi, cofia de tejido ralo que le cubría la cabeza y la cara para que no le hicieran mal ojo, se oía su alentar con ruido de agua que cae en tierra porosa.



Mujeres con niños y hombres con mujeres. Claridad y calor de los fogarones. Las mujeres lejos en la claridad y cerca en la sombra. Los hombres cerca en la claridad y lejos en la sombra. Todos en el alboroto de las llamas, en el fuego de los guerreros, fuego de la guerra que hará llorar a las espinas.

Adolescentes con cara de **bucul** sin pintar jugaban entre los ancianos, entre las mujeres, entre los hombres, entre las fogatas, entre los brujos de las luciérnagas, entre los guerreros, entre las cocineras que hundían los cucharones de jícara en las ollas de los **puliques**, de los **sancochos**, del caldo de gallina, de los **pepianes** para colmar las escudillas de loza vidriada que les iban pasando y pasando y pasando los invitados, sin confundir los pedidos que les hacían (...).

La Vaca Manuela Machojón se levantó de la pila de ropas en que estaba sentada, usaba muchas enaguas y muchos fustanes desde que bajó con su marido el señor Tomás Machojón, a vivir a Pisigüillito de donde habían subido a la fiesta del Gaspar. Se levantó para agradecer el convite la Piojosa Grande que seguía con el hijo del Gaspar Ilóm en el regazo.

La Vaca Manuela Machojón dobló la rodilla ligeramente y con la cabeza agachada dijo:

— Debajo de mi sobaco te pondré, porque tienes blanco el corazón de tortolita. Te pondré en mi frente, por donde voló la golondrina de mi pensamiento, y no te mataré en la estera blanca de mi uña aunque te coja en la montaña negra de mi cabello porque mi boca comió y oyó mi oreja agrados de tu compañía de sombra, y agua de estrella granicera, de palo de la vida que da color de sangre.

Batido en jícaras que no se podían tener en los dedos, tan quemante era el líquido oloroso a pinol que contenían, agua con rosicler en vasos ordinarios, café en pocillo, chicha en batidor, aguardiente a guacalazos mantenían libres los **gaznates** para la conversación **periquera** y la comida.

La Vaca Manuela Machojón no repitió sus frases de agradecimiento. Como un pedazo de montaña, con su hijo entre los brazos, se perdió en lo oscuro la Piojosa Grande.

—La Piojosa Grande se juyó con tu hijo —corrió a decir la Vaca Manuela Machojón al Gaspar que comía entre los brujos de las luciérnagas, los que moraban en tiendas de piel de venada virgen y se alimentaban de **tepezcuintle**.

Y el que veía en la sombra mejor que gato de monte, tenía los ojos amarillos en la noche, se levantó, dejó la conversación de los brujos que era martillito de platero y...

—Con licencia... —dijo el señor Tomás Machojón a la Vaca Manuela Machojón que habían subido a la fiesta con noticias de Pisigüillito.

De un salto alcanzó a la Piojosa Grande. La Piojosa Grande le oyó brincar entre los árboles como su corazón entre los trapos y caer frente a su camino de miel negra, con los dedos como flechas de punta para dar la muerte con los ojos cerrados de cuyas junturas mal cosidas por las pestañas salían mariposas (no estaba muerto y los gusanos de sus lágrimas ya eran mariposas), hablándola con su silencio, poseyéndola en un amor de diente y **pitahaya**. Él era su diente y ella su encía de pitahaya.





La Piojosa Grande hizo el gesto de tomar el guacal que el Gaspar llevaba en las manos. Ya lo habían alcanzado los brujos de las luciérnagas y los guerrilleros. Pero sólo el gesto porque en el aire detuvo los dedos dormidos al ver al cacique de llóm con la boca húmeda de aquel aguardiente infame, líquido con peso de plomo en el que se reflejaban dos raíces blancas, y echó a correr otra vez como agua que se despeña.

El pavor apagó las palabras. Caras de hombres y mujeres temblaban como se sacuden las hojas de los árboles macheteados. Gaspar levantó la escopeta, se la afianzó en el hombro apuntó certero y... no disparó. Una joroba a la espalda de su mujer. Su hijo. Algo así como un gusano enroscado a la espalda de la Piojosa Grande.

Al acercársele la Vaca Manuela Machojón a darle afectos recordó la Piojosa Grande que había soñado, despertó llorando como lloraba ahora que ya no podía despertar, que dos raíces blancas con movimiento de reflejos en el agua golpeada, penetraban de la tierra verde a la tierra negra, de la superficie del sol al fondo de un mundo oscuro. Bajo la tierra, en ese mundo oscuro, un hombre asistía, al parecer, a un convite. No les vio la cara a los invitados. Rociaban ruido de espuelas, de látigos, de salivazos. Las dos raíces blancas teñían el líquido ambarino del guacal que tenía en las manos el hombre del festín subterráneo. El hombre no vio el reflejo de las raíces blancas y al beber su contenido, palideció, gesticuló, se tiró al suelo, pataleó, sintiendo que las tripas se le hacían pedazos, espumante la boca, morada la lengua, fijos los ojos, las uñas casi negras en los dedos amarillos de luna.

A la Piojosa Grande le faltaban carcañales para huir más a prisa, quebrar los senderos más a prisa, los tallos de los senderos, los troncos de los caminos tendidos sobre la noche sin corazón que se iba tragando el lejano resplandor de los fogarones fiesteros, las voces de los convidados.

El Gaspar llóm apareció con el alba después de beberse el río para apagarse la sed del veneno en las entrañas. Se lavó las tripas, se lavó la sangre, se deshizo de su mal, se lo sacó por la cabeza, por los brazos igual que ropa sucia y lo dejó ir en el río. Vomitaba, lloraba, escupía al nadar entre las piedras cabeza adentro, bajo del agua, cabeza afuera temerario, sollozante. Qué asco la muerte, su muerte. El frío repugnante, la paralización vientre, el cosquilleo en los tobillos, en las muñecas, tras las orejas, al lado de las narices, que forman terribles desfiladeros por donde corren hacia los barrancos el sudor y el llanto.



Vivo, alto, la cara de barro limón, el pelo de nige lustroso, los dientes de coco granudos, blancos, la camisa y calzón pegados al cuerpo, destilando mazorcas líquidas de lluvia lodosa, algas y hojas, apareció con el alba el Gaspar llóm, superior a la muerte, superior al veneno, pero sus hombres habían sido sorprendidos y aniquilados por la montada.

Los maiceros entraban de nuevo a las montañas de llóm. Se oía el golpe de sus lenguas de hierro en los troncos de los árboles. Otros preparaban las quemas para la siembra, meñiques de una voluntad oscura que pugna, después de milenios, por libertar al cautivo del colibrí blanco, prisionero del hombre en la piedra y en el ojo del grano de maíz. Pero el cautivo puede escapar de las entrañas de la tierra, al calor y resplandor de las rozas y la guerra. Su cárcel es frágil y si escapa el fuego, ¿qué corazón de varón impávido luchará contra él, si hace huir a todos despavoridos?

El Gaspar, al verse perdido, se arrojó al río. El agua que le dio la vida contra el veneno, le daría la muerte contra la montada que disparó sin hacer blanco. Después sólo se oyó el zumbir de los insectos.